

METÁSTASIS McFLY

METÁSTASIS McFLY

por

Pedro J. Acuña



Concéntrica ediciones

Los archivos empleados para esta obra están bajo Licencia Editorial Abierta y Libre (LEAL-A). Con LEAL eres libre de usar, copiar, reeditar, modificar, distribuir o comercializar bajo las siguientes condiciones:

- ∅ Que cualquier producto creado a partir de este material herede algún tipo de LEAL.
- ∅ Que la comercialización no sea el único medio para adquirir el producto final.
- ∅ Que el uso no resulte perjudicial para cualquier colaborador.
- ∅ Que los archivos editables y finales sean de acceso público.
- ∅ Que en la próxima edición se dé crédito a los colaboradores de la edición anterior.

Segunda edición, 2025, segunda edición

ISBN 978-3-16-148410-0

Publicada por Concéntrica ediciones

Metástasis McFly

Estamos en el Ártico, año 63 después de Cristo. La aurora boreal es hermosa.

Camino de la mano con Jennifer. Mientras miramos el infinito blanco del polo, me siento ligero; el Ártico me relaja y me permite pensar. El Doc está probando su nuevo invento: una caña de pescar automática. Dice que revolucionará la forma en que entendemos la pesca deportiva; ya atrapó ocho salmones en cinco minutos. Encontramos figuras en la nieve. Es imposible que sean formaciones naturales; parecen hechas con una cubeta o un vaso, como los castillos de arena. Son cilindros de diferentes tamaños. A Jennifer le encantan, cree que son un regalo para ella. Le pregunto al Doc sobre la estructura y me contesta igual que siempre: “¡Oh, Marty! El mundo es misterioso y el hombre lo es aún más. Sólo disfrútalo”. Tiene razón. Una y otra vez encontramos misterios así. Al principio quise investigarlos: el gigante de Atacama, los círculos en las cosechas, el proyecto HARP, el área 51... Tal vez mi interés por las teorías de conspiración me orilló a buscar explicaciones. El Doc, una mente analítica, me convenció del sinsentido de mi búsqueda.

El tiempo ya no nos interesa; si no dejamos que el mundo tenga un misterio, tampoco tendrá atractivo para nosotros.

Decidimos que nuestro punto cero, entre el infinito pasado y el infinito futuro, sería el 15 de agosto de 1985 a las 7:30 de la noche. Es una puesta de sol eterna. Vivimos en la casa del Doc y aquí tenemos nuestra ropa, comida, las películas en DVD (los nuevos formatos no me gustan, se ven demasiado reales), la dirección para el seguro médico. Aquí es donde Einstein se siente más cómodo, aunque le encanta acompañarnos en nuestros viajes. Imagina lo que sentirá un perro al correr en África antes de la existencia del hombre; pierde siglos y siglos de domesticación. Einstein no se vuelve agresivo o salvaje, sino libre. Nunca he visto un perro tan alegre, dócil e inteligente.

Londres en el siglo XIX me aburre. El aire apesta y los ojos arden con tanto humo. El Doc parece disfrutarlo (o se obliga a hacerlo); con sombrero de copa y traje marrón, finge, de manera terrible, el acento inglés: saca un reloj de faltriquera y anuncia: “¡Hora del té, gentlemen!”. En el *saloon*, unos señores con barbas pelirrojas le preguntan si somos norteamericanos; él dice que no, que venimos de Bristol. Se

enfrascan en una conversación sobre física; los caballeros, “interesados de medio tiempo en la ciencia”, según lo que oí, escuchan fascinados la teoría del Doc sobre el tiempo y su relación con el espacio. En una cronología lineal, él se adelanta a la teoría de la relatividad especial, aunque haya estudiado en la universidad en 1940. Ésa es una paradoja del tiempo que me encanta: uno puede ser el pionero de un género musical con el que creció o ser el primero en resolver un problema científico o político. Tratamos de no modificar mucho el pasado, no sabemos hasta dónde podemos afectar el futuro, así que una de nuestras reglas es no intervenir con nosotros mismos; por eso nunca viajamos a nuestras vidas. Se creería que esa es la utilidad del viaje en el tiempo, para vivir, una y otra vez, los momentos de felicidad. Ingenuidad pura. La vida de todos y cada uno de los seres humanos es también la nuestra: la emoción de ganar una guerra de independencia o la tristeza de perder una mujer en la antigua Roma forman parte de nosotros tanto como el primer orgasmo, el primer diente de leche. Es cuestión de perspectivas, y la del viajero temporal es, por mucho, la más panorámica.

Einstein se siente mal. Ha dejado de comer y no quiere moverse. El diagnóstico del Doc me deprime: tiene cáncer en todo el cuerpo, no durará más de tres meses. Decidimos estar con él y acompañarlo hasta que muera. Algunas veces, me acuesto en su cojín y lo abrazo; le digo, aunque no me entienda, que su muerte es falsa: él sigue vivo y el cáncer sólo es un fotograma de la película inacabable de su existencia perruna. Einstein es como nosotros: está más allá de las contingencias del tiempo. Él chilla, insatisfecho con mi explicación, y cierra los ojos. Inquieto todavía, Einstein cierra los ojos. Lo veo dormir.

Estos meses de inmovilidad (no hemos viajado ni una sola vez por cuidar a Einstein) me dan claustrofobia. No puedo respirar bien al ver que el mundo y yo nos movemos en la misma dirección y a la misma velocidad. La calma chicha de los viajeros temporales. Quiero que Einstein muera pronto, para que él y nosotros dejemos de sufrir. Lo he visto dormir otra vez. Culpo al cansancio, pero hoy vi cómo el tumor de su ojo se hacía pequeño, casi hasta desaparecer.

El Doc está preocupado. La muerte de Einstein lo perturba demasiado. Siento que me

oculta algo. Lo confronto. Empieza a hablar del límite de Hayflick, telómeros, programación para la muerte.

—El hombre no vive eternamente, Marty. Envejecemos porque el tiempo no es algo que nos suceda, es algo que somos. Las células se reproducen dividiéndose. Una célula produce dos; esas dos, cuatro; esas cuatro, dieciséis. De una célula, que es el óvulo fecundado, viene el hombre a través de una división y multiplicación. Pero esa primera célula tiene un conteo regresivo que transmitió a las siguientes dos con un número menos en el reloj. Ese óvulo fecundado ha dicho cuántas veces nuestras células se reproducirán. Morir es cuando el conteo llega a cero. Tú, Jennifer y yo olvidamos que envejecemos. Mírame. Estoy más arrugado que cuando inventé la máquina. Me duelen los huesos con el frío.

—¿Qué tiene que ver eso con Einstein? — respondo—. Sí, murió de viejo o por cáncer o por lo que fuera. Sus células llegaron a cero y no nos pasará a nosotros. Einstein murió porque nos distrajimos. Lo único que necesitamos hacer es viajar a un punto en donde la ciencia pueda reestablecer el conteo de células a su número original. Usted mismo lo ha dicho:

no hay espera ni problema que no se resuelva. Vayamos a una época en que se haya vencido la vejez. El progreso nunca se detiene.

—Lo que me preocupa es que mi tesis principal sea errónea.

—¿Cuál?

—Que el tiempo sea una ilusión. Nunca había visto un cáncer como el de Einstein. Al principio, el hígado estaba comprometido, pero los pulmones estaban bien; días después, los pulmones casi colapsaron, pero el hígado no estaba afectado. A la siguiente semana eran los huesos y, adivinaste, los pulmones, limpios. Tú lo viste, Marty, Einstein parecía un muñeco de plastilina: un día con un tumor en la pierna, al siguiente ya no. Quedó ciego y luego sordo. Después, su vista y oído estaban perfectos, pero no podía orinar. ¿Cómo explicas que el daño en el cuerpo de Einstein fuera tan errático y que no tuviera una secuencia natural, que lo que estaba dejó de estar, que los tumores aparecían y desaparecían?

—Supongo que...

—Los tumores de Einstein eran iguales a nosotros: no estaban regidos por la causalidad normal. Para ellos, el tiempo era una laguna. Podían estar hoy, mañana no, anteayer sí, an-

teayer no. Einstein murió por la máquina. Ese cáncer atemporal fue causado por el viaje en el tiempo. Nuestras células se volvieron locas. Al movernos irreflexivamente en el tiempo, las confundimos. El conteo no empieza ni termina, no tiene una dirección. Un día, está completo; a la siguiente hora está en cero. Estamos yendo y viniendo de nuestro lecho de muerte.

—Se equivoca, Doc. Yo y Jennifer, usted, nos sentimos bien. No hay nada malo con nuestros cuerpos.

—Marty, hace dos semanas me detectaron cáncer de estómago. Es terminal. La semana pasada, el estómago estaba limpio. Ahora, el tumor está en el cerebro.

El Doc y yo hablamos con Jennifer. Ella reacciona alegre.

—Pobre Einstein. No se preocupe, doctor Brown. Sólo tenemos que ir por la cura a la farmacia de, digamos, 10 000 después de Cristo. Tal vez ya existan pastillas para el aumento de senos. ¿No me vería bien con una copa C, Marty?

—Tú también estás enferma —le contesto.

—¿Se les olvidó? —El sarcasmo se desvanece de su voz—. Estamos fuera de eso. Ninguna

enfermedad es mortal. La cura siempre existe. Los que se mueren, se mueren esperando.

—Jenn, no es tan fácil. No sabemos cuándo descubrirán la cura. Tampoco podemos viajar entre tiempos tan espaciados. Tenemos que ser pacientes. De cien en cien años, quizá menos. Si viajáramos diez mil años, tal vez la cura exista, pero no lo sabríamos. ¿Hablarán algún idioma conocido por nosotros? ¿Habrá doctores? Sólo imagina si un faraón viajara hasta el día hoy. No podría comunicarse con nadie, no entendería nada. Sería inútil. Tenemos que ir lento.

—Eso no es lo peor —dice el Doc—. El tiempo que tenemos es indeterminado. No sé cuánto tarden nuestros cuerpos en colapsarse. Podrían ser los tres meses que tardó Einstein en morir, podrían ser quince años. Estamos en una carrera que no sé si ganemos.

Los tres nos quedamos callados. No tenemos nada más qué decir.

Nos está tomando más tiempo del que esperábamos y el cáncer avanza agresivamente. Nuestras caras se modifican con una rapidez incómoda; somos monstruos diferentes a diario. Jennifer parece ser la más afectada. En la mañana es hermosa, pero no puede moverse

por el dolor en sus huesos; en la tarde, los tumores la desfiguran; en la noche, orina sangre. Ha roto los espejos de la casa e insiste en llevar una máscara para quemados. No baja del DeLorean cuando viajamos. Soporto su desprecio y su mal humor. Si no estuviera, ya nada me importaría; todo lo hago por ella, mantengo la esperanza por los dos. El Doc nos alienta a seguir, dice, con una sonrisa maltrecha y llena de dolor, que lo lograremos, que lo único que necesitamos es la cura un segundo antes de morir, sólo un momento antes y todo estará bien.

Me despierto con sangre seca en la nariz. Jennifer está sedada; el dolor en el estómago no la dejaba descansar. Me levanto al baño y, aunque sé que no me hará bien, me miro en el espejo. Es un desastre el cáncer de hoy. La mitad derecha de mi cara la reconozco: el mismo pómulo y los labios delgados, el ojo con mirada alegre, tal vez un poco cansado y ojeroso, pero humano; la mitad izquierda es otra historia: tumores, dislocación de la mandíbula, el ojo está opaco, sin vida, no se mueve, la frente es un abultamiento obsceno. En conjunto, la normalidad derecha y el monstruo izquierdo, mi cara me asusta, me hace sentir un fenómeno

de circo. Los tumores en mi rostro se mueven, pulsan; están más vivos que yo.

El Doc no se levantó, le costaba trabajo respirar. Hoy tiene cáncer de pulmón. Jennifer se encerró en el baño para que no la viera llorar. Estoy en la sala. Me acuerdo de Einstein. Él me podría hacer compañía.

Jennifer murió. Me dejó una nota con sus últimas fuerzas: “Por favor, Marty, alcanza la cura. Confío en ti”. Noto que ella escribió “alcanza”. Tenía la seguridad de que la cura estaba sólo a unos cuantos pasos enfrente de nosotros. El Doc piensa igual. Yo, para evitar la locura, también lo creo.

Estamos en el siglo XXIV. Aprendimos la lengua franca de esta sociedad, una derivación del chino, pero no entiendo cómo piensan. Todo es preventivo, no hay conciencia de la medicina, por lo menos no de la manera en que el Doc y yo la entendemos. En estos países llenos de pieles neutras y gobiernos inexistentes no está la cura.

—Ya no aguanto. Regresemos y destruyamos el condensador de flujo, sabotemos el DeLorean. Seamos felices como lo son los demás. Vivamos en un solo tiempo. Tenemos la máquina, podemos arreglar el error de haberla creado.

—Recuerda, Marty, la paradoja principal: viajar en el tiempo para evitar el viaje en el tiempo implica que existirá siempre el viaje en el tiempo.

En ese momento, odio al Doc por decir en voz alta lo que yo también pensaba.

Tuvimos que regresar algunas décadas, no tenía sentido continuar si no entendíamos. El Doc se esfuerza en sus estudios y me enseña el funcionamiento de la sociedad a la cual vamos a llegar. En apariencia, el Doc es optimista, pero puedo ver cómo con cada viaje se frustra, se desilusiona de que no hayamos llegado todavía a la cura. Se le nota cuando baja la cabeza y aprieta el acelerador del DeLorean. No pienso decírselo. Lo noto cansado, con pocas fuerzas para seguir esta carrera inútil. Además este cáncer atemporal está haciendo más y más estragos tanto en el ánimo como en los cuerpos. Pero eso es algo que no hablamos. Tengo un ojo reventado y el Doc sólo puede caminar con muletas. Los daños están marcándose, tardan mucho en desaparecer y algunas cicatrices permanecen.

—Tienes que seguir los estudios. Tienes que seguir buscando.

—No se preocupe, Doc, estamos a punto de encontrarla. Resista.

Ni yo me creo eso.

Amanezco en el DeLorean. Me invade una debilidad monótona; cada vez estamos más cerca del suelo, caminamos encorvados. Me veo en el retrovisor, sólo me quedan un par de dientes. Trato de despertar al Doc; después de tres sacudidas sé lo que ha pasado. El aire me corta la garganta como si fuera vidrio molido. Enciendo la radio. Suena algo parecido a un *swing*, aunque con theremins y moogs.

—Hey, Doc, escuche esto: descubrí que un relojero israelí inventó la cura en el siglo XXXII. Diseñó una pastilla. Los nanorobots que contiene se matan dentro de las células y, con el titanio de los cuerpos destrozados, refuerzan el ADN. Después, es posible seguir viajando, hasta que el cuerpo se vuelva a salir de *tempo*; hora de otra pastilla.

Me río y golpeó amistosamente con el hombro el cuerpo del Doc; sus ojos opacos no responden. Pienso que no hay nada peor que mentirle a un cadáver. Salgo de la máquina. El sol me ciega; cojeo sin rumbo: mi pie derecho y yo somos una masa necrosada.

Regreso para ver a Jennifer, al Doc, a Einstein, a mí. Nos veo en tiempos mejores. Es como revisar viejos videos familiares. No puedo hablarnos, sería un error, arruinaría nuestra felicidad con esta cara monstruosa y este cuerpo deshecho. Recuerdo el día de hoy: estamos celebrando porque sí, celebramos la vida. Le pusimos a Einstein un gorro de fiesta y le damos pastel. Mañana amaneceremos enfermos del estómago, pero qué importa, estamos contentos. Termina la cena y nos vamos a dormir. Regreso al inicio, nos vuelvo a ver una y otra vez. Regreso, nos observo desde distintos ángulos. ¿Qué estoy viendo? ¿Un momento vivo o una escena congelada, estéril?

Amo a Jennifer. El punto de todo, del viaje en el tiempo, de la vida, del mundo, es Jennifer. Me da miedo verla a los trece años, cuando todavía no nos conocíamos. ¿Y si cambio el pasado y no se enamora de mí? La veo, tan niña, tan hermosa. La he amado desde siempre, la conozco desde que nació. Quiero regresar y verla desde el inicio. Ver su vida entera otra vez, cada vez más lento, cada vez con mayor atención. Otra idea se me ocurre: ir con esa Jennifer de trece años y confesarle que, cuando seamos grandes, nos enamoraremos. Se sorpren-

derá, claro, porque yo soy un viejo y ella una niña. Probablemente gritará y su padre saldrá a defenderla de este pervertido. Es una adicción venir a verla, un acto de egoísmo; quiero arrancar a Jennifer de sus padres, de su pasado, incluso de mí, quiero quedármela así, a los trece, mucho más pura e inocente que en cualquier otra época. Me ve. Se acerca, estoy seguro que me reconoce. Me asusta lo que pueda pasar. Huyo.

Debo contener mis impulsos. Por más que me esté destrozando, no puedo hablarnos, no puedo romper la alegría con la que estamos en esta playa. Einstein juega con las olas, las trata de morder. Es un juego inútil, como el mío, pero él lo disfruta. Einstein entiende la vida.

No hay más Jennifer que esta imagen, no existo para ella. No existo tampoco para mí. Soy un cáncer que viaja en el tiempo.

El frío del Ártico duele. Aun así, me tranquilizan las planicies frías e inhabitadas. Veo que el Doc abre la cajuela del DeLorean y arma su caña de pescar automática. Jennifer y yo nos tomamos de la mano. La beso. Sé exactamente por dónde caminaremos. Paradojas temporales: hago un jardín, unos cilindros de nieve. Los en-

contraremos y Jennifer sabrá que es un regalo para ella. No sospechará que yo se lo di. Escucho al Doc: “¡Oh, Marty! El hombre es misterioso y el mundo lo es aún más. Sólo disfrútalo”. Einstein apoya con un ladrido.

Es inútil. Lo que pasará ya ha pasado siempre. Yo, mil veces repetido, observándome. Incontables, nos miramos desde la resignación. Jennifer y yo jugamos en el jardín de nieve que nos hice, Einstein ladra, el Doc calibra su caña de pescar automática. Resisto las lágrimas. Siempre lo supe y sólo ahora me permito pensarlo con claridad: si la cura existiera, ya habría regresado para dármela.

Hasta que la muerte los separe

—No, señor, a una siempre le tocan las peores cosas y después con esto. Ya estaba bien muerto, ¿qué tiene que hacer caminado por ahí? Ahora menos quiere trabajar. Dice que morir cansa demasiado... ¿Cómo?... ¿Para qué quiero hablar con ese licenciado?... Buenas tardes... Sí, soy la señora Arcelia... Sí, en la colonia Betania... La del marido muerto y después no... Lo que me importa es que usted me crea porque lo que yo digo es la pura verdad... Así como muy infelices, no. Teníamos buenos ratos, sabía abrazar y contaba buenos chistes. Nunca me hubiera casado con él, era un borracho y algo mujeriego, pero ya ve, embarazada todo cambia; la familia siempre pesa en esas cosas. Pero cuando lo metimos todo trajeado a su ataúd, como que descansé. Verlo tranquilo, sin andar de ojo alegre con cualquier muchacha... ¿Qué van a decir? Pues que sigue siendo mi esposo y sigo casada con él. “Hasta que la muerte los separe” es una mala broma... En la delegación me andan acusando de fraude, que nunca se murió y que falsificamos un certificado de defunción, que lo hicimos para

cobrar el seguro. Y lo que yo les digo es que sí se murió, pero ya no. . . . Sí, ya sé, pero le digo que hasta lo velamos. . . Del velorio, todos le van a decir lo mismo que yo. Es más, al que le tiene que preguntar cómo pasó todo esto es al que hospedaron mi cuñada María y Martha, ni me acuerdo de su nombre. Pero llegó sin invitación, preguntó cómo se llamaba el difunto, se paró al lado del ataúd y dijo: “Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo”. Siguió con sus cosas y ahora me las decía a mí: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?”. Tenía cara de loco, así que le respondí que sí, nada más para seguirle el juego, y Lázaro llevaba cuatro días muerto, hasta empezaba a apestar. Él, sin ningún respeto, dijo en voz alta: “Lázaro, ¡ven afuera!”. Nos pusimos todos blancos cuando Lázaro se paró y se fue a servir un café y dos tamales. No dijo ni una palabra en todo el día, supongo que porque cuando uno deja de estar muerto tiene que pasar un buen rato para despertarse bien. Desde entonces está echado en la sala y no quiere hacer nada, porque dice que está muy cansado por haberse muerto. . . Le juro que esa es la pura verdad.

Si no, pregúntele a cualquiera que haya ido al sepelio. Ya tengo mucho con un esposo muerto que no trabaja para que, además, me digan mentirosa. . .

El corazón debajo de un vaso jaibolero

Ahí está su jaibolero. Ese vaso guarda algo de él. Siento náuseas por el último ron-concoca; me levanto al baño. Un policía amenaza con su pistola. Oigo gritos. Entran más policías. Vomito afuera del baño, bajo la figura del Budita. Alzo mi mano para sobarle la panza y sé que él no va a regresar.



Nunca había visto La Coqueta. Fue un domingo con mucho sol la primera vez que entré, después de que mi esposa se fuera con nuestras hijas. Era una cantina de medio pelo; sillas bonitas, una rocola decente y baño para mujeres. Los precios, accesibles. Desde que puse un pie adentro, me sentí tan a gusto que regresé a diario.

Después de una temporada, don Poncho, dueño y cantinero de La Coqueta, se volvió mi amigo. Platicábamos de cosas sin importancia: pinches viejas, pinche trabajo, pinche gobierno. Don Poncho se quejaba de que nunca tenía clientela suficiente e iba a quebrar; yo,

de que la vida nunca me había tratado como me merecía.

Los parroquianos de La Coqueta se dividían en dos grupos: uno, aburridos oficinistas, como yo, y el otro, una pandilla de indigentes que se hacía notar por sus gritos, su alegría y lo borrachos que acababan; don Poncho les fiaba todo. Llegaban como a las seis de la tarde y no sé a qué hora se iban, porque yo tenía como regla llegar a mi casa, en el estado que fuera, a más tardar a las once de la noche —como me había acostumbrado cuando vivían conmigo las niñas—. Don Poncho me explicó que eran unos “vecinos” de la colonia y que le daban mucha lástima; a pesar de que por ellos La Coqueta iba perdiendo más y más dinero cada día, el cantinero no tenía corazón para negarles sus tragos.

Eran bastante agradables. Al entrar, se dispersaban cada uno en una mesa. Contaban chistes, albureaban y nos divertían a todos. Ya bien instalados en sus mesas, pedían un trago y remataban con “apúntemelo, don Ponchis”. En un acuerdo tácito que entendí a la segunda, lo que tomaban los vagos iba directo a las cuentas de los que ya estaban en la mesa.

Me tocó “apadrinar” a uno que le decían el Budita. Era un hombre que bien podía rozar los cincuenta mal vividos o los setenta bien conservados. Su ropa estaba más sucia que la de los otros vagos, su panza asomaba descomunal por debajo de una camisa del Necaxa. Calvo, con unos cuantos mechones grises en las sienes y la nuca; tenía ojos pequeños y cafés, casi siempre entrecerrados, como si le molestara la luz. Hablaba fuerte y gritaba cada que podía. Lo primero que me dijo cuando se sentó me dejó mudo: “Te ves muy triste, mano. Pues calmado, que ni la vida ni nada es nada”. Le pregunté qué significaba eso y respondió: “Que todo vale madres, ¿no?”.

Empezamos a hablar. Me contó que vivía en un espacio de dos por dos atrás de un restaurante a unas cuadras de La Coqueta, que bebía de lo que le daba la gente y, por supuesto, de la caridad de don Poncho. Otra cosa, lo más extraño en el Budita, era que traía su propio vaso. “Mi querido jaibolero”, le decía.

En un momento de la noche, ya con bastante rones-con-coca encima, me invitó a dar una vuelta por la ciudad. Me cayó tan bien que rompí mi regla de no llegar después de las once a la

casa. Él tomó celosamente su vaso y lo limpió con una servilleta.

Dimos vueltas por el Centro hasta la madrugada. Seguíamos hablando, bueno, más bien, él seguía hablando y yo escuchaba. Decía cosas muy raras, como que sus amigos eran las nubes y las banquetas: “La cosa está en vivir como si no fueras tú, que todo se te resbale — confesó—. Que si no hay para chupar, pues tú pones; que si no traes, pues otro; que nadie, pues ni modo. Así se puede vivir sin dramas y sin andarla sufriendo”. Sonreí entretenido; me parecía que el Budita tenía una sabiduría corriente, pero efectiva. No tenía nada que ver con esos libros de autoayuda o con lo que parlo-teaban en las iglesias. Él era más real, aunque yo no entendía bien lo que decía. Tenía una sensibilidad bastante aguda por los detalles de los edificios: “Mira esa ventana, mano. Está bien chula. Se alcanza a ver un poco de la sala o el comedor. Bonita la pintura, ¿no?”. Pero también fantaseaba como un niño. Conocía a todos los perros callejeros de la colonia y les inventaba historias: “Ahí viene el *Robespierre*. Anda bien enculado con la *Doña Josefa*, pero nada más no puede porque esa perdida es novia del *Cachurras*”.

Me gustaba pasear con él. Todos los días se sentaba conmigo en *La Coqueta* y me soltaba pequeñas frases que me iluminaban la noche y la cabeza. “Yo tuve una vieja y una hija. No me importa mucho qué hagan. Y mejor así, porque, si empiezo a pensar en ellas, de seguro la culpa me va a quemar todo el día”. Me enteré, por lo que contaba, que el Budita tuvo un buen trabajo y que vivió en una casa grande y con muchas ventanas; ganaba mucho dinero, pero “esas cosas ya no me interesan. Lo único que hacen es pienses en ellas todo el tiempo. Eso no es para mí, mano. De mi vida pasada, nada más tengo mi jaibolero. Fondo, mano”. Me hacía reír. Desde que mi esposa se había ido, yo no era más que un robot que cumplía horarios de trabajo y de cantina. Con el Budita como mi cómplice, los días eran soportables, divertidos, llenos de aventuras, aunque sólo platicáramos y camináramos toda la noche.

El Budita era algo especial. Otro de los vagos, Pepeloco, se sentó con nosotros una vez. “Pinche suertudo, el Budita ya te agarró cariño”. Mi amigo se rio muy duro “Pepescuas, que ni la vida ni nada es nada”, “Tú con tus ondas extrañas, Budita, pero se te quiere. Y tú —me dijo— cuídamelo bien”. Pepeloco se levan-

tó de la mesa y me dejó con una sensación de superioridad. Me sentía inflado porque era el “padrino” frecuente del Budita. Desde ese día, y recordando algunas pláticas con otros clientes, me di cuenta de que mi amigo era tratado con un profundo cariño. En La Coqueta, él era una figura de autoridad; incluso a don Poncho se le veían las ganas de llamarle “maestro”. Lo respetaban y cuidaban que siempre tuviera su jaibolero a la mano. Nadie se metía con él y, cada que podían, nos hacían la tercera en la mesa.

Otro día, después de dos rones-con-coca, me dijo “Mano, ¿me acompañas a donde duermo? Es que me duele un poco la panza”. Salimos y lo llevé casi cargando. Se veía muy mal, había perdido la vitalidad que le saltaba de esos ojos pequeños y casi siempre entrecerrados. Entramos a su cuartucho. Vivía realmente en un espacio de dos por dos, con solo un colchón y botellas vacías de Tonayán. No tenía televisión, ni siquiera una lámpara. Lo ayudé a acostarse y se durmió al instante. Me quedé con él unas horas. Lo escuché roncar; entre sombras y con la poca iluminación que entraba por la ventana de su cuarto, me fijé que el sueño del Budita no era tranquilo. Me preocupé, ¿acaso

estaría enfermo? Como a las tres de la mañana me fui a mi casa. Antes de salir, se despertó. “No te preocupes, mano. Estoy bien. Que ni la vida ni nada es nada. ¿Nos vemos mañana en La Coqueta?”. Le dije que sí y le pregunté si quería que pasara por él para irnos con don Poncho. “Mejor allá nos vemos. ¿Dónde está mi jaibolero?”. Se lo di. “Venga, ahora sí. Hasta mañana”.

Esa noche, soñé que el Budita y yo estábamos en un campo verde. El único sonido era su voz. Sentí que yo ya no era yo sino un fuego que se extinguía, tranquilo, sin luchar por encenderse de nuevo. Las palabras del Budita iban apagándose; de rojo, pasé a azul y luego empecé a temblar hasta que desaparecí. El campo verde ya no estaba ni iluminado ni oscuro, no era ni verde ni de ningún otro color, no estábamos en ningún lugar, nada era nada, sólo pura quietud y silencio. No sentía mi cuerpo. Se me hizo todo muy natural, como cuando se regresa de unas vacaciones largas. Tampoco era que sólo yo tuviera un estado de calma en mi cabeza. La tranquilidad era una y compartida: era la misma que estaba afuera, era la que sentía el Budita, era la que tenía el campo que no era ni verde ni de ningún otro color. De

pronto, todo se apagó. En ese momento, me desperté. No entendí un carajo, pero estaba muy feliz como para ponerme a preguntar cosas.

Al otro día, mi amigo me esperaba en La Coqueta. Le conté mi sueño. “Caray, mano, pues andabas bien pedo, ¿no?”. Le pregunté qué podía significar. “Ni idea, pero tú tranquilo, si la vida ni nada es nada. Mejor vámonos por unos rones-con-coca”.

Salimos muy borrachos de La Coqueta y le invité unos tacos. Pidió ocho de suadero en trozo. Aunque no dijo nada, me dio las gracias con el eructo de cilantro y cebolla que le provocó el último trago de Mundet rojo. Después de cenar, estuvimos caminando por el Centro. Cuando llegamos a la Alameda, el Budita me dijo “Estamos medio lejos de mi casa. Vamos a dormir aquí en el parque”. Buscamos unos cartones y nos acomodamos debajo de un árbol muy grande que tenía un hoyo en la base. “¿Ya te conté cuando, de pedo, me quedé dormido bajo un árbol como éste? Fue en la época en que dejé mi casa, mi trabajo y a mi familia. No estoy muy seguro, pero se me hizo que estuve dormido tres días allá abajo. Pinche cruda loca. Cuando me desperté, sonaba en mi cabeza ‘Si la vida ni nada es nada’. Esa frase se repetía y

repetía y, ¡zas!, entendí todo. Cómo es la vida, qué es ser feliz. Desde entonces ya nada me preocupa y, ¡mírame!, ando a toda madre”. Me dormí con la esperanza de que yo, cuando despertara, tuviera un “Que ni la vida ni nada es nada” en la cabeza. Esa noche, otra vez soñé con el Budita y el campo verde.

Nos despertó un policía. A empujones, nos quitó del árbol. Apenas estaba saliendo el Sol y *La Coqueta* todavía no abría. Lo invité a desayunar a mi departamento. Mientras subíamos por las escaleras, al Budita le brillaban los ojos. Estaba encantado con las paredes descarpadas, un par de grafitis afuera del elevador que nunca servía, las puertas de los vecinos, las macetas vacías en los recibidores.

Preparé unos huevos con salchicha. Mientras le servía, el Budita sacó su jaibolero y lo llené de vodka. “Anoche —me dijo— volví a sentir que dormí tres días; tú también estabas en el sueño. Raro”. Le quise contar que yo también había soñado con él, pero preferí dejarlo comer su desayuno en paz. Vació su jaibolero en tres tragos y se quedó mirándolo un buen rato. El huevo se enfrió. Terminé de desayunar; el Budita seguía sin moverse “Nada más me une a esta vida mi jaibolero —dijo, sin

mirarme—. Por algo siempre cargo este vaso. Es lo último que queda de mí. Ya verás, uno de estos días, ¡lo rompo!”. Se carcajeó muy fuerte y se comió el huevo. Cuando salió del departamento, me dijo: “Te veo al rato en La Coqueta”.

Después del trabajo, me fui directo a la cantina. Estaba muy emocionado porque sentía que entre el Budita y yo había cuajado la hermandad. Los dos habíamos dormido bajo el árbol, los dos habíamos soñado con el otro la misma noche (tal vez hasta tuvimos el mismo sueño); yo conocía su casa; él, mi departamento. Tenía un hueco en el estómago y otro en la cabeza. Pero eso no estaba mal, era la señal de que algo de la sabiduría del Budita ahora era mía. Quería que me explicara tantas cosas. Estaba dispuesto a llegar a La Coqueta y decirle, enfrente de todos, “¡Maestro!”. Me tiraría a sus pies, dejaría lo poco y miserable que tenía de mi vida, cortaría los lazos y me dedicaría únicamente a seguir y aprender del Budita. Iríamos de cantina en cantina por el país (¡por el mundo!) tomando y comiendo de lo que nos regalaran. Viviríamos en cuartuchos de dos por dos, sin televisión, sin recuerdos, sin culpas, llegaríamos a ser una mera sombra de humanidad.

Existiríamos como si nunca hubiéramos existido.

Llegué a la cantina con las manos sudadas por la emoción y esperé. Pedí dos rones-concoca, una cerveza y la botana del día. El Budita no llegaba. Cuando ya me estaba haciendo efecto el ron, Pepeloco se acercó y me dijo: “Vino el Budita a medio día y te dejó esto”. Era su vaso jaibolero.



Volví a mi rutina: del trabajo a la cantina y de la cantina a la casa a las once. Don Poncho se dio cuenta de que me había puesto muy triste, que ya no hablaba con nadie. Se me acercó y me dijo “Oye, todos nos sentimos mal porque el Budita ya no viene. Te voy a ser sincero: tal vez está muerto o en la cárcel. Cuando un vago desaparece, siempre le pasa una de esas cosas. No hay forma de encontrarlo. Digo, tú eras quien más lo conocía y ni tú sabes dónde está. Mira lo que compré”. Me llevó a la entrada de los baños. Don Poncho había comprado una figura dorada de un señor gordo y calvo, sonriente, de ojos entrecerrados. La había puesto en una mesa, para que todo el que fuera al baño la viera. “Fui a una tienda de chinos y vendían

estatuas como ésta. ¿A poco no es idéntico al Budita? Como no tenemos fotos de él, pues esto ha de servir. Anímate, que la vida sigue. Los vendedores me dijeron que le sobara la panza, dizque da suerte”. Quería llorar. Me fui a mi casa y, al siguiente día, le hablé a mi jefe para decirle que estaba enfermo y que no iba a ir a la oficina.

El Budita no volvió a aparecer. Parecía que no sólo yo sentía su ausencia; hasta La Coqueta misma, las mesas, las sillas y la barra se veían más grises. El único punto que brillaba—y de una manera triste— era la entrada del baño.

El lugar se desmoronó. Don Poncho estaba en números rojos. La banda de vagabundos era menos agradable y más encajosa. Pedían y pedían y se ponían agresivos cuando ya no les fiaban. Empezaron a entrar militares y policías a la cantina y don Poncho ni siquiera les exigía que no vinieran de uniforme. El polvo se volvió una decoración permanente. Los vasos sabían a guardado, ya no había botanas, los precios subieron, las peleas (cosa que nunca había visto en La Coqueta) eran “el pan nuestro de cada día”.

Un día, tres militares golpearon a Pepeloco afuera de la cantina. Estuvo en una clínica del IMSS tres meses, con fractura de cráneo y un ojo reventado. A mí me tiraban los rones-concoca en la cara. Las redadas eran cada vez más frecuentes y don Pocho tenía que gastar mucho en las mordidas. Poco a poco, la antigua clientela fue disminuyendo y La Coqueta se convirtió en un bar de judiciales. Yo seguía aferrado en que el Budita iba a regresar. Cada que entraba, ponía el jaibolero sobre la barra, miraba hacia los baños y deseaba que el Budita saliera de orinar y dijera: “Órale. ¿Ya vieron este pinche gordo de oro? Pero yo estoy más guapo, ¿no?”.



Ahí está su jaibolero. Ese vaso guarda algo de él. Siento náuseas por el último ron-concoca; me levanto al baño. Un policía amenaza con su pistola. Oigo gritos. En el pasillo, la figura dorada me sonrío como él me sonreía. Un supervisor discute con don Poncho, que saca papeles y permisos y deja de servir tragos. Los clientes se quejan. Entran más policías. Vomitó afuera del baño, bajo la figura de *El Budita*. Alguien corta cartucho. Me vuelvo y veo que el jaibolero se cae de la barra. En lugar del

sonido del cristal al romperse, escucho claro y fuerte: “Calmado, mano, que ni la vida ni nada es nada”. Toco el santo dorado y lo entiendo todo. Ahora sé que estoy despierto: que ni la vida ni nada es nada. Sólo hay un campo verde y el *Budita* y yo platicamos hasta apagarnos. Justo antes de que todo desaparezca, la boca me sabe a vómito y felicidad.

Adolfito

El juez Adolfo llevaba dos horas en el baño: tenía diarrea. Apenas había cumplido treinta y dos años, pero sólo él llenaba los requisitos formales (carrera universitaria y un buen soborno) para el puesto. Adolfo nunca quiso ser juez. Fue su padre quien lo convenció de que era “la única forma de ser alguien en este pueblo”.

Por un tiempo, las cosas estuvieron tranquilas, hasta que la reforma federal sobre las sentencias y encarcelamientos entró en vigor. Todos los ayuntamientos debían decidir la sentencia de sus acusados, encerrar a sus presos o aplicar la pena de muerte (que, de paso, también se aprobó). Esta reforma representaba, en palabras ligeramente diferentes según qué secretario de gobierno lo dijera: “Un gran ahorro para nuestra nación, que nos enseñará las ventajas de resolver los problemas en su germen. Ahora no tendremos ciudades saturadas de bandidos y ladrones, ni cárceles llenas a más del doble de su capacidad, sino poblaciones independientes que aplicaran la ley de manera más justa. Conocerán a los infractores de

manera directa; porque, como en la medicina, se curan criminales, no crímenes”.

Adolfo tenía en sus manos la vida de los hermanos Yad Vashem, dos muchachos —de Polonia, según se sabía— que no causaban más que alborotos. Los hermanos Yad Vashem eran criminales menores: un robo sin heridos, un poco de vandalismo en espacios públicos y privados, etcétera. Todo en tono muy serio, aunque sin graves consecuencias. Eran un par de rebeldes sin causa, enamoradizos y con un futuro poco brillante. Sin embargo, no se podía decir que los hermanos Yad Vashem fueran criminales entrañables. El pueblo del juez Adolfo había nacido y vivido resentido con los extranjeros. Un odio general se encendía cada vez que el tufo de forastero recorría las calles. Los hermanos Yad Vashem no eran odiados por lo que habían robado o deshecho, sino porque no eran del pueblo. Así de simple. Por eso, cuando la señora Godines los acusó de haber violado a su hija, nadie dudó que fuera cierto.

Casi los linchan en la plaza. Al presidente municipal no le importaba mucho lo que le pasara a esos revoltosos, pero con las reformas y las nuevas responsabilidades que tenía, no podía darse el lujo de ser el primero en fracasar

en esa nueva “justicia en casa”. Mandó unos policías a recuperar a los maltrechos hermanos y se los llevaron para que les dieran un juicio justo, “Que todos nos merecemos, señores, no sean animales”, les gritó el presidente municipal.

Cuando llegaron al ayuntamiento, el juez Adolfo se puso nerviosísimo.

—Ahora son tu problema, mi Adolfito— le dijo el presidente en franco gesto pilático—, y vamos a quedar bien, porque las elecciones son en cuatro meses.

De esto, habían pasado tres meses. Se presentaron pruebas en contra y a favor de los hermanos (sólo el sacerdote del pueblo abogó por ellos). La sentencia debía ser dicha sin dilación, porque la gente estaba al rojo vivo. Muchos empezaron a abrir más tarde sus negocios para ir todas las mañana a ver cómo seguía el caso. Otros cerraban más temprano para discutir en la cantina qué debía hacer el juez. Entre ellos siempre estaba el fiscal, un hombre corpulento y brusco que se había ganado el puesto a punta de bota:

—Ese Adolfito no tiene ni idea de lo que es la justicia —decía después de sorber un gargajo—. Es un mano blanda que va a dejar que dos

culpables se vayan vivos a la cárcel. Si fuera por mí, y créanme que intento todos los días, esos ya estarían enterrados.

Porras por todo el lugar se alzaban cuando el fiscal se apasionaba.

—Muy bien, muy bien. Usted puede con ellos, señor fiscal. De paso, enséñele dos o tres cosas a Adolfito.

Las injurias contra los hermanos Yad Vashem pululaban a todo lo ancho y largo del pueblo. Arnulfo “El Turco” Hernández aseguró que fueron ellos los que le habían robado “Con tremenda saña” hacía medio año; doña Hermelinda, una cuarentona bastante bien dotada, tenía miedo porque “Yo iba a ser la siguiente víctima. Si viera como me encueraban con los ojos”; las hijas de Rómulo Echeveste confesaron que los hermanos les regalaban marihuana. Cada testimonio acentuaba el malestar de Adolfo, hasta que el dolor de cabeza se le bajaba al estómago.

Unas horas antes de la fecha límite para otorgar sentencia, el juez sintió un dolor agudo en el abdomen, pidió permiso para ir al baño y, mientras salía, escuchó lo mismo de siempre:

—Adolfito está muy verde para el puesto, hubieran designado a otro.

—No, don, ése tiene pinta de saber lo que es la justicia y, por Dios, que la va a impartir como debe ser.

—¡Qué va a saber! Si es un chamaco. Le falta colmillo.

Las acusaciones —inventadas o reales— seguían en una lista interrumpida por la indignación de los hombres y las lágrimas de las mujeres.

Adolfo entró a su baño privado. Se sentó en el inodoro tan deprisa que casi no se alcanzó a bajar los pantalones. Desde el apresamiento de los hermanos, el juez había tenido una diarrea que le comía el cuerpo. Necesitaba tomar una decisión, y lo peor era que no podía ser un “juicio justo” como tanto prometió (de dientes para afuera) el presidente municipal. Los hermanos Yad Vashem, por decisión popular, debían morir en la cámara de gases (“Es la forma más humana de este castigo”, dijeron las autoridades federales. Lo que se callaron es que también era la que menos costo implicaba en su construcción y mantenimiento). “Esos desgraciados. Cuando ya no quieren hacer su [pujido y dolor lo interrumpieron] trabajo, nos lo dejan a nosotros. ¡Qué poca madre!”, dijo en voz baja el juez. La incontinencia de sus vísceras

ras contrastaba con su estreñimiento mental. ¿Qué iba a hacer con ese par? ¿Acaso tendrían que ser chivos expiatorios para catapultar su carrera y la del presidente? ¿Tendría el coraje para hacerlo?

El presidente municipal ya lo había amenazado.

—Mira, Adolfo, se nos vienen las elecciones y los del otro partido andan sacando que tú no tienes el valor de aplicar las políticas federales. Que eres un tibio sin la capacidad de decisión necesaria para ser juez. Este asunto lo solucionas tú. Y te voy a ser sincero, me tienes por los huevos; necesito que arregles esto bajo mi administración y así ganamos los dos. Pero si me chingas, pues yo también te chingo.

Adolfo miró los papeles en el cesto. “Como un ramo de flores pardas”, pensó. Otro espasmo de dolor lo hizo encogerse, “Estos nervios me van a matar”. Cogió la revista de farándula que siempre tenía a la mano.

Terminó de leer la revista. Adolfo se miró en el espejo mientras se lavaba las manos: era una persona pequeña, insignificante tal vez, con el cabello negro y relamido. Un pequeño bigote, cortado por las orillas, adornaba su labio. La boca era una línea poco curvada, con las

comisuras apuntando al suelo. Tenía la piel clara y los ojos arrugados, pequeños y expectantes siempre. Su estatura era mediana y más bien tirando a lo chaparro.

Estaba paralizado. Él, como todos en el pueblo, rechazaba a los extranjeros. Pero lo hacía por costumbre, para encajar con su padre, su madre, sus hermanos, sus vecinos. Durante sus épocas de universitario en la ciudad, buscó grupos que profesaran “Una nación limpia, una raza pura”, aunque nada de esto lo sentía realmente suyo. Le decían El Fiurer en la universidad por su forma —una manía de la niñez— de responder un saludo desde lejos. Se ponía derecho, juntaba los talones, extendía el brazo, con los dedos juntos y firmes y, en vez de un “Hola”, la voz se rompía y suspiraba algo que sonaba como “Jail”.

En sus tiempos de colegial, y de manera lo más discreta posible, probó salir con chicas negras y árabes, experimentó con sustancias y fue a fiestas y eventos sociales. No le desagradó por completo, pero cuando regresara al pueblo, no podía seguir con sus maneras de la ciudad; debía apegarse a las tradiciones, debía apegarse a lo correcto: “Los extranjeros no son más que un cáncer, deben regresarse a su tie-

rra o sufrir las consecuencias”, se repetía Adolfo, “ese par de circuncidados debería irse y no molestar a la gente buena, la gente pura de este pueblo y esta tierra”.

Estos pensamientos luchaban con otros de muy distinto calibre: “Pero si no han hecho nada que merezca la muerte. Con unos cuantos días en la cárcel y una multa van a aprender a comportarse y, tal vez, se vayan del pueblo. A lo mejor puedo convencer al fiscal y al presidente municipal de que tener sangre fuereña derramada sobre nuestra tierra es un mal agüero”.

Pensó en su madre, una mujer con aire triste, pero maternal. Adolfo, el hermano más pequeño, siempre fue el consentido. “Ven, Adolfito-ella le había puesto el apodo-, vamos a ver a tu papá trabajar y después un helado. ¡Qué bonito, mi niño!”. Los recuerdos eran dulces y lo confortaban. ¿Quién sería la madre de los hermanos Yad Vashem?, ¿los extrañaría?, ¿los querría tanto como su madre lo quería a él? Decidió que, con todo y diarrea, no iba a permitir que las supersticiones de unos pueblerinos y la ambición de un presidente municipal hicieran algo tan horrible como separar a una madre de sus hijos. Adolfo tomó valor de donde no había: “Hoy, esos hermanos no se mueren. No los voy

a dejar ir, pero no se mueren. Un montón de ignorantes pueblerinos no va a andar obligando al juez a nada”. Antes de irse a su oficina, se sentó otra vez en el inodoro “No vaya a ser que por la emoción y los nervios. . .”.

Los gritos y desmanes seguían como antes, pero cuando vieron entrar a un Adolfo seguro, decidido y, algunos dijeron, más alto, se impuso el silencio. El juez estaba recibiendo respeto. Se sentó y expuso los argumentos a favor y en contra de los Yad Vashem. Nadie gritaba ni interrumpía a este nuevo Adolfo que estaba determinado a hacer su trabajo. Leyó y leyó, descreditando prueba tras prueba.

Llegó el momento de dictar sentencia. Con una sonrisa satisfecha, alzó la mirada. Los ojos y las caras de los habitantes del pueblo expresaban confianza en su autoridad. El presidente municipal y el fiscal lo miraban con atención. Tenía poder, por primera vez en su vida. Ya no era Adolfito, sino el juez Adolfo.

“No me van a mangonear. Yo represento a todo el gobierno federal, por tanto, a mi nación entera, en este tribunal” pensó Adolfo. Empezó, sin titubeos:

—Por medio de la autoridad que a mí se me ha confiado, en la sección D-27, precinto 16. En

el pueblo de San Marcos, con fecha del 27 de enero y con 225 días de entrada la reforma al artículo 38 del código penal, yo, el juez de la presente localidad, declaro a los dos acusados culpables del crimen de violación. Y les impongo el castigo de -aquí hizo una pausa dramática- cámara de gases. . . no, no, perdón, cadena perpetua.

Justo después de “cámara de gases”, la multitud explotó en fiesta y felicidad, así que nadie pudo oír que Adolfo se había equivocado. Todos celebraban el brazo de hierro de su juez:

—Siempre supe que nuestro señor don juez podía con este paquete.

—Si el señor juez es muy inteligente y además es guapo.

—Es bueno ver cómo los jóvenes van tomando su lugar en la sociedad.

—¡Así se hace, señor juez, de aquí a gobernador!

El presidente municipal se pavoneaba en la vorágine:

—El señor juez es una de las cartas fuertes de mi administración y me lo voy a llevar para apoyar mi candidatura al gobierno del estado, que hoy, con tan celebrada ocasión, presento.

El fiscal tomó crédito:

—No podemos negar la maestría y el buen juicio del representante del poder judicial aquí en el pueblo. Claro está que las cosas sólo funcionan cuando todos los integrantes del aparato de justicia trabajamos juntos.

Al juez Adolfo se le subió tan rápido el orgullo y la vanidad que ni siquiera asistió a la ejecución; se le olvidó (o se obligó olvidar) que él quería salvarlos a los Yad Vashem. Los hermanos pasaron a la historia como los primeros ejecutados de esta nueva política de “justicia casera”.

La carrera política del juez Adolfo se catapultó más allá de las ambiciones del presidente municipal. Hoy compite por la presidencia de la nación. Sus discursos públicos empiezan con una frase que se ha convertido en su sello:

—Considero una feliz predestinación haber nacido en el pequeño pueblo de San Marcos. . .

Luismirrey

Faltan ocho minutos para que Luis Miguel Archundia salga al escenario; es la primera vez que va a cantar frente a un público así de grande. Sentado sobre una caja de leche en polvo que van a repartir al final del concierto, descansa un momento para aclarar sus ideas, porque, se convence, ser carnicero no es su destino. Recuerda la primera vez que oyó cantar a Lucía. Las dulces notas de su voz y sus caderas de secundaria le mostraron un mundo desbordado de experiencias que sólo había vivido, cada tres segundos, a través de un canal de televisión. Ella vivía en la casa de enfrente. Aquello empezó con una mirada coqueta en el mercado. Y mejor, a calentar con algunos versitos en voz alta, ahí, sentado, porque si no... Un beso, un toque en la cintura, un abrazo lleno de todo menos de pureza. Luis Miguel le pedía que cantara mientras se desnudaban. Lucía ponía una cara mitad extrañeza y mitad ternura, pero siempre le daba gusto en nombre del amor adolescente. Luis Miguel la oía absorto; a veces no eran canciones sino nada más arrullos al oído, justo donde le dan cosquillas. Conoció su cuerpo, sus imperfecciones constantes, las rodi-

llas chuecas, los nudillos huesudos, los lunares que acogía entre los omóplatos. Pero, sobre todo, Luis Miguel conoció (y se enamoró) de su voz. En una ocasión, lo invitó a cantar con ella, si quería. Luis Miguel, fúrico, le dijo que se callara, que la cantada no era para un macho como él. Aunque, en secreto, quiso hacerlo gritando y para el mundo entero, para sus primos, sus compañeros del salón, su padre, su madre. Su madre, una mujer de cara horrenda y carácter de iguales proporciones, había acompañado, durante la infancia de Luis Miguel, sus labores de limpieza en casas ajenas con un radio de pilas. Y no es que hubiera en casa de Luis Miguel poco dinero —ni mucho—, es que a su madre, avara y codiciosa, no le eran suficientes las ganancias de su esposo en la carnicería (Luis Miguel, tan pequeño, no entendía ni de dineros ni de insatisfacciones por las cuales se gritaban sus padres en el desayuno). Estaciones de rancheras, cumbias, salsas y demás condimentos habían criado a un siete añero Luis Miguel entre camas elegantes, con cuatro pilares y cortinas (¡y él había creído que el único lugar para las cortinas eran las ventanas!), refrigeradores de dos puertas que, como mayordomos electrónicos, con un botón, daban hielo y con

otro, agua; autos tan brillantes que sólo podía verlos con los ojos entrecerrados; floreros con plantas novísimas para él. Esencia de clarasol enmarcada por tambores, trompetas, violines y gritos de “¡Viva México, señores!”. Ese radio murió con su madre y también fue enterrado con ella. En el sepelio, Luis Miguel, de la mano de la recién novia Lucía, lloró y no supo por quién, si por el aparato, por la persona o por la música, el Virgilio de sus paseos en mansiones ajenas. Asistieron los deudos (familiares, según), devoraron los tamales y pidieron café como si lo merecieran; le dieron el pésame a él y a su padre. “Lo acompaño en su dolor”, “No somos nada”, “Lo que necesiten, díganme”, “Se nos adelantó”, “Qué buenos están los de rajás, compadre. Saben a los de Arcelia”. Pero nadie le regresó ni la música ni el radio ni a su madre (en ese estricto orden los quería). Ahora, se le ocurre ahora una canción para ese momento, pues para qué la música sino para las penas. La idea le ha venido de Pablo, panadero y amigo. “Primero los cuates, luego las viejas” era su frase para resolver cualquier situación. Estaban tomando unas caguamas en la trastienda de la carnicería (sustituto de dos años de universidad) que Luis Miguel atendía desde que

su padre se había autoproclamado demasiado viejo para trabajar. Con el radio por orquesta, a dúo con una voz masculina y llena de alteraciones del AM, Pablo empezó a bailar y cantar unos versos llenos de rencor y amor desgarrado para dos mujeres: una, la esposa y otra, la amante. “A veces sólo con pinches canciones se puede hablar, mi Luismi”. Luis Miguel le confesó (entre broma y no) sus aspiraciones de ser cantante. Pablo, hasta el día de hoy, ha tenido un “no-sé-qué” de misterio que atrae a Luis Miguel y tal vez por eso lo eligió como confidente. “No, mi Luismi, tú eres carnicero y carnicero te vas a morir”. Las palabras de Pablo lo inspiraron a la mala, es decir, lo encapricharon. Así que ¡a clases de guitarra! Pero de la intención no más, porque nunca asistirá a las lecciones y nunca tendrá una guitarra. A mitad de la prepa, decidió comprar un karaoke y unos cedes con pista; a final de cuentas, lo único que en verdad quería era cantar. En la tienda de electrónica, pasó el dedo por los botones de estéreos con pantalla y luces infinitas, y por una empleada que le gustaba muchísimo: la prima de Lucía, Aracely, nueva reina de sus desvelos (usaba, como si fuera uniforme, una diadema rosa sobre el cabello platinado, y sus ojos pre-

sumían el uso indiscriminado del rímel). La prima no cantaba, pero gemía, y dejaba que Luis Miguel le aplicara un catálogo surtido de caricias: un toque por acá, otro por allá; metía dedo por atrás, sacaba dedo por atrás; Aracely lo lamía como si fuera una Tutsi pop. Recuerda también a Lucía y, como un huésped detestado, una erección se yergue en la entrepierna. Acomodo rápido, de un solo movimiento, entre el calzón y el abdomen, lo mejor posible, porque qué pena que en el escenario se le esté viendo su hombría a través del pantalón de cuero. Al día de hoy, la opinión no cambia: la prima está más buena. Caderas más morenas, pero más fuertes y decididas; Aracely sabía qué hacer con todo eso que le faltaba a su prima. La memoria se funde: el bamboleo de Pablo en la trastienda, el bamboleo de la prima en el cuarto y el canto de Lucía en el mercado. La erección, a tope, y ni idea de quién lo excita. Tal vez ninguno, tal vez los tres, tal vez la emoción del escenario. Mejor así, una mezcla: la de la albañilería de su deseo. Le gustaba mirarse en el espejo, sin otra prenda más que un collar de chapa de oro y la esclava de su primera comunión, mientras cantaba, imaginándose frente a un estadio de gente y coqueteando con unas

fans de las primeras filas. En la silla, acompaña la vorágine de recuerdos con más versos que le llegan, antes que al cerebro, al oído. Le encandila la luz del sol. Su padre le dijo que esto no tiene futuro, que mejor se dedique de lleno, como él, a la carnicería, un oficio de hombres; que seguramente no le faltará casa, sustento y vestido. Luis Miguel, de unos once años, mientras tocaba los muestrarios de tela en una Parisina, había imaginado el vestuario que lo haría aparecer en revistas de moda. Cupo perfectamente entre los rollos con su cuerpo de niño; el olor a telas nuevas le recordaba las promesas inventadas de sociedad y *socialité*. Una voz (la paterna), con una orden rígida: “¡Salte de ahí, chamaco cabrón!”. Un jalón de oreja, un coscorrón, un zape, más jalones de oreja en la calle, a la vista de todos. Su padre, exasperado (y también preocupado), lo buscó más de una hora. Menos minutos faltan para su primer concierto de a de veras, y Luis Miguel, ya más tranquilo, siente desvanecerse el peso del escenario como algodón de azúcar en la boca. Cuando estaba solo, cantaba y cantaba en su karaoke, compraba y compraba más pistas y hacía fiestas para que sus amigos de la prepa se divirtieran; y él, sentado en su sueño nunca

dicho de ser cantante. En un arrebató de temeridad, llevó sus discos a los quince años de su sobrina (de la cual no fue chambelán, porque los hombres de veintitrés ya no son chambelanes) e interpretó dos canciones y una tercera a petición popular. Su padrino Raúl (¡cuánto lo quiere!), con labios alcohólicos, le prometió futuro: “Yo tengo un compadre en el municipio, te hago un espacio en el evento de la campaña si quieres”. Su padre, cara dura, le dijo a Luis Miguel que no le hiciera caso, que su padrino era un lengua larga. Luis Miguel lo ignoró. “Pues órale, padrino Raulito, ya va”. *Pues órale, ya va.* En voz alta, repite eso para vencer los nervios. De repente, otra voz: la del padrino. *Ora, mi-jo, entras.* De los eternos minutos que faltaban, ahora son 5, 4, 3, 2, 1. *Sigue, queridos amigos, un jovencito que va que vuela en esto del show: Luis Miguel Archundia, “El Sol”.* ¡Ámonos y un fuerte aplauso!* Luz, más luz, deslumbrado; la mole frente a él se convierte poco a poco en una hidra de cabezas incontables; algunas las conoce. Levanta el micrófono inalámbrico y lo pone muy cerca de la boca; tiene un nudo en la garganta, pero le ayuda que la pista ya empezó a sonar. *¡Venga con esas palmas, que aquí no nos vamos hasta que se le quite lo enojado*

al señor de sombrero! Párese a bailar, señora, que ai' le voy. A los tres años, Luis Miguel se perdió entre la multitud de una iglesia. Una señora se le acercó (¡más que una señora, un ángel; en una de éstas, la mismísima Virgencita!). Con lágrimas y mocos en el mentón, Luis Miguel lloraba en una esquina, ignorado por Dios y por los que cruzaban el atrio. La señora, tranquilidad eterna (tal vez por eso no tenía ni una cana en la cabeza), le consoló con un par de rimas cantaditas, al oído, justo donde le dan cosquillas.

Mi reina por un pulque

Un borracho monta su caballo. Viene bajando por una barranca desierta. El camino para llegar al pueblo vecino está dos kilómetros río arriba y en la cañada no hay siquiera una de esas veredas hechas por casualidad. Como un títere sobre otro títere, llega hasta el borde del río. Se detiene y mira. No hay nada que hacer ahí. Regresar a su casa le asquea. Escuchar los reclamos de su mujer sobre la falta de dinero, despertar a sus hijos para decirles con el corazón en la mano cuánto los quiere, romper algo en la cocina; todo eso ya es muy común. Cierra los ojos, con la esperanza de que algo cambie. Cuando los abre, al otro lado del río aparece una pulquería abierta.

Se espabila y afina la vista. ¿Qué pulquería está abierta a esta hora? O sus ojos le traicionan o alguien le ha entregado un boleto para romper la monotonía de la noche, de la vida. Calcula: dos blancos, tres fichas, otros dos blancos para la señora que más le guste. Se inicia, entonces, una típica historia de amor entre un hombre y su bebida, pues el río que los separa está crecido por las lluvias. Se maldice a sí mismo, a los montes, al bosque, a su caballo

y, sobre todo, al puente que nadie ha construido. Entre insultos, no escucha el crujir de las ramas. Se vuelve, con pereza, cuando ya el desconocido está a su lado.

—Buenas, mi amigo, ¿por qué tan solo? —pregunta el recién llegado.

—Así se nace —responde el borracho.

—Pero para eso se hacen amigos.

Este personaje merece una historia completa para él solo. Aparece a la mitad de la noche, con zapatos de charol, esmoquin, pelo engomado, usa bastón y habla con acento raro.

El borracho dice algo como que la soledad no se cura, que uno siempre está sin nadie, aunque pueda estar rodeado de miles. Mira al de bastón. No lo reconoce.

—¿Y usted? ¿Se perdió? —le espeta.

—En absoluto, estoy en el lugar y tiempo adecuados.

—Aquí no hay nada. Sólo esa pulquería de enfrente, pero ni tanto, porque está del otro lado.

—Invíteme un pulque —dice el de zapatos de charol, mientras acaricia al caballo. El animal relincha nervioso.

—El río está bravo —dice el borracho—. Si nos metemos, no salimos.

—Bueno, mi amigo, le propongo esto. Lo llevo al otro lado y me invita un pulque.

—¿Pues cuántas quiere que le invite?

—Sólo una. Pero por cruzarlo a usted, quiero otra cosa.

—Me cruza usted, cargando será porque no veo de otra—dice el borracho, con un dejo de burla—, le invito algo y después le doy lo que me pide.

El del acento raro ríe y piensa que los borrachos le dan muchas vueltas a los asuntos sencillos, mientras que a los importantes siempre responden “Pues lo hacemos y ya, chingá”.

—Lo tiene todo muy claro, mi amigo —dice el del esmoquin—. Ahora le digo mi precio.

—No traigo mucho.

—Si fuera cuestión de dinero, me habría de deber toda su vida.

—¿Qué quiere, pues?

—A alguien.

—¿Y eso para qué?

—Ya no me acuerdo. Siempre he juntado personas. Supongo que al principio sabía para qué las quería. Pero ya ve, la costumbre es la costumbre.

—No le puedo dar a nadie. No tengo a nadie.

—¿Qué tal usted, mi amigo?

—¿Qué pasa si me lleva?

—¿Quiere cruzar el río o no?

El borracho piensa un segundo y responde muy seguro.

—Llévese a mi esposa.

—¡Excelente! —dice el otro, mientras revisa su peinado en un espejito que oculta en la manga—. Entonces, le construyo un puente, me invita un blanco, regresamos a su casa y me llevo a su mujer. Porque mire, mi amigo, a usted lo considero un hombre de palabra. Resulta que yo siempre cumplo la mía. Los acuerdos, con todas sus letras, son inviolables para mí.

—Un puente tarda mucho —responde el borracho—. Ya voy a estar haciendo otras cosas.

—Le digo que le hago el puente antes de que cante el primer gallo. Si para ese tiempo no lo termino, se cancela el trato, mi amigo.

—No hay hombre que pueda hacer un puente tan rápido.

El otro vuelve a reír. Su aliento huele a huevo podrido. Se quita el saco, se arremanga la camisa y comienza a juntar piedras a una velocidad increíble; arranca árboles de cuajo y los parte con los dientes. El borracho, en ese

momento, deja de estar borracho. El susto le ataca lento pero constante, hasta llegar a sus ojos, que se desorbitan cuando se da cuenta del trato que acaba de hacer. Mientras el miedo le sube por la espalda, el arrepentimiento baja hacia su estómago. Espolea su caballo y sube a toda prisa por el monte.

—Mi amigo —el grito se oye justo en su oreja—, no se le olvide que me prometió un trago.

El borracho y su caballo gimen; uno de cansancio, otro de desesperación. Van a todo galope. Llegan a una masa de tablones con techo de lámina que apenas puede llamarse casa. El caballo queda sin amarrar, el borracho azota la puerta y se tumba en el piso de tierra. Su mujer despierta, le reclama lo tarde y el aliento a charanda.

—Cállate —dice él— que ya nos llevó la chingada. . . bueno, sólo a ti.

Aqué! cuenta una historia increíble. La mujer escucha, ofendida por haber sido moneda de algo tan humano como las ansias de beber. Ella piensa como nunca, pues su vida depende de ello. Tiene que creerle; lo hace. Ahora, a solucionar los desmanes de su esposo. Ya debería estar acostumbrada: peleas con otros borra-

chos, con la policía, adulterio, deudas de juego. Aquél es un completo fracaso. No es un bueno para nada, sino un malo para todo. Y tan malo y tan estúpido que pone en riesgo algo que ni siquiera es suyo.

—Voy por mi rebozo —concluye la mujer.

—Ni un rebozo caro te salva de ésta.

—Cualquier rebozo sirve.

La mujer sale. Recorre en sentido inverso la carrera de aquél. Llega a la cañada y observa. El trajeado está a unos cuantos metros de terminar el puente. Ella quiere huir. Regresar a casa de sus papás o abandonar todo. Convertir en un mal recuerdo esta vida que le ha tocado e irse hacia el norte donde todo está mejor, donde todo tiene que estar mejor.

La mujer sube a uno de los pilotes, se coloca el rebozo sobre la cabeza, lo pasa por el cuello, lo sujeta de los hombros, lo cuelga de los brazos e imita, lo mejor que puede, a un gallo. Entre el miedo y la excitación, suena un canto real. Aun los gallos auténticos se confundirían, se preguntarían, si hablar fuera algo que hicieran: “¿Quién es el nuevo del barrio?”, “Ha de andar borracho, con esos cantos a deshoras”. Kikiriki, kikiriki, repite una y otra vez la mujer. Cacarea como nunca un gallo lo ha hecho,

porque ella no es un gallo sino una mujer que necesita serlo. El constructor se vuelve; en el otro extremo, un ave de corral malformada, con cresta negra y sin pico, le ha dado la victoria al borracho. Sus manos están hartas de trabajar para una obra de nada. Grita, que más que grito es un estruendo, el último aliento de un volcán destruido por su propia efervescencia. Desaparece.

Ella se queda. Por un segundo, parece más joven de lo que es. No se ha salvado por un pelo de rana calva, sino por un canto de gallo falso. El regreso a su casa es eterno y purificador, tanto que ya sabe qué le va a decir a aquél:

—A ti ni la chingada te va a querer. Te largas, que aquí nomás estorbas.

Cuento de Navidad

—Me siento atrapada en esta casa; nunca salgo y no he comprado ropa en años. Se me hace que te valgo madres.

—Carajo, mujer— dijo el Sr. Clos mientras se frotaba los ojos—. Esta fecha es la más fuerte del año.

—Puto.

Esa discusión no era nueva. Cada 365 días, la señora Clos se ponía particularmente aprensiva y celosa desde hacía 200 años (lo había encontrado con unos obreros franceses sobre las rodillas). La pelea siempre era igual: ella gritaba, el señor Clos bajaba la cabeza y terminaba saliendo de la oficina para llorar en su trineo, donde, según él, nadie lo oía berrear.

Los demás habitantes de esa casa, cortísimos de estatura, con narices respingadas y mejillas rojas, agregaban cada Navidad una broma al repertorio de chistes sobre los Clos: “¿Sabes por qué anda tan emputada la señora? Porque el señor es de Closet”; y remataban con los clásicos: “¡Arrestaron al señor Clos por posesión de armas blancas! ¡Encontraron dos puñales en su cama!”. Así, los elfos sobrellevaban jornadas de trabajo de veintidós horas, hela-

dos para desayuno, comida y cena, y un salario que únicamente podían gastar en las tiendas de raya del polo norte. Negreros, decían; capitalistas sin alma, susurraban. Pero, como no conocían otra cosa, ningún otro lugar, ni ningún otro clima, simplemente seguían trabajando.

—Siempre pones de excusa el trabajo. ¿No ves que yo también me jodo?

—Tú no haces ni madres —respondió Clos, a punto de explotar.

—Me la paso todo el día trabajando en la casa.

—Eso no es trabajo de verdad, por eso no te pagan.

—Ya te quiero ver, cabrón, haciendo comida para mil de esos desgraciados y luego limpiando mil baños.

—Si cagan puros copos de nieve.

—¡Mierda al final de cuentas!

—Me voy a hacer el reparto.

—Ándale, vete. Como siempre, dale la vuelta a las cosas.

El señor Clos salió de la oficina. Azotó la puerta con enojo reprimido y caminó entre las bandas de producción. No podía pensar claro; su cabeza le pesaba y le dolían las rodillas. Estaba harto de los gritos de su esposa y de los ru-

mores de acoso laboral. Desde hace décadas, no tenía unas vacaciones y añoraba terriblemente Siberia, en donde había conocido a Nanuk, un muchacho inuit que lo deslumbró como hace mucho no se deslumbraba. “Sería buenísimo que me lo llevara a Costa Rica unos días. Solos él y yo, sin su novia, sin mi esposa. ¡Lo que no haríamos!”. Sus pensamientos se interrumpieron por una conversación. Un par de elfos se reían de él.

—Mira, ya se va el agachón. A ver si ahora sí nos pagan bien.

—Cállate; te va a oír.

—Ése no sabe nada, con tantas nalgas de hombre no tiene ni idea de qué año es. Y si me oye, mejor. Igual y cambian las cosas por acá.

El señor Clos escuchó muy bien. Ellos decían que era un pelele, homosexual, mandilón, hazmerreir, cursi, pasado de moda. Ya nadie creía en la magia de la Navidad (ni siquiera él). El odio le invadió las orejas y la nariz. Una vena en la frente del señor Clos punzaba y sus puños se apretaron hasta quedar entumidos. Entonces, decidido, regresó a la oficina. “¿Conque bien puto, eh? Pues ahorita nos las arreglamos”, sonó en su cabeza. Azotó la puerta y se quedó congelado en el umbral.

—¿No que ya te ibas?

—Estoy cansado de tus pendejadas— dijo él, en un tono que, en vez de agresivo, resultó suplicante.

La señora Clos siguió con una retahíla de injurias. Él oía, pero en su cabeza sólo se repetía una cantaleta: “Chíngatela, chíngatela, que no mame, no te puede hablar así”. En uno de sus manoteos, la señora Clos tiró una lámpara que estaba sobre el escritorio. Como si el ruido del foco al reventar fuera la señal de “arranquen”, el señor Clos se aventó sobre su esposa. El primer golpe fue un bofetón, bien acomodado, en la mejilla derecha. La señora Clos, con la nariz sangrante, intentó decir “Ésta me la pagas”, pero otro golpe, ahora en la boca, hizo que se tragara sus palabras. Le astilló dos dientes.

—Espérate, Nico, por favor— gimió ella.

“Qué Nico ni qué madres”, sonó en la cabeza de Clos mientras la empujaba hacia el suelo. Le pateó las costillas hasta que un “crack” y un “¡ay!” le avisaron que había fracturado un par de ellas. “Chíngatela bien, no te andes a medias”, volvió a escuchar, ahora con una voz entre chillona y grave, entre masculina y femenina. El señor Clos tomó el volumen más grueso del librero y se lo estampó en la nuca cuando

intentaba incorporarse; asestó otra vez con el libro y el cráneo de la mujer rebotó contra la duela. El golpe le abrió la ceja a la señora Clos, que a estas alturas ya tenía pinta de boxeador que va perdiendo.

El señor Clos se detuvo a mirar a su mujer. Los dos respiraban entrecortadamente, uno, de rabia; la otra, de dolor. Salió de la oficina; todos en el taller se habían dado cuenta de lo que había pasado. Los elfos estaban callados y su silencio se coreaba con los zumbidos de las máquinas. “¿De poquitero andas, Nico? Uta madre”, se burló la voz en su cabeza. Clos regresó a la oficina, aullando como un animal loco. Cayó sobre su esposa y le arañó los brazos y las piernas, le mordió el hombro y le arrancó piel y carne. Sujetó la cabeza de la señora Clos y la azotó una y otra vez contra el piso. Tomó la lámpara rota y le golpeó la sien a su esposa tres, cuatro, cinco veces hasta que otro “crack” (ya sin el “¡ay!”) le avisó de la fractura del cráneo.

Los espasmos en los pies de la señora Clos confirmaron que ahí ya no había nada por hacer. Escupió al cadáver y quiso decir algo, pero no encontró una frase apropiada.

Salió de la casa, subió a su trineo y empezó a llorar, sólo que ahora lo hacía más bajo, casi silbando. “Así estamos buenos, Nico. Vamos a agarrar la peda”, dijo la voz en su cabeza. Clos latigueó a los renos con la mano temblorosa y, antes de perderse en la oscuridad, revisó la lista de los niños que se habían portado bien ese año.

Banca o de la secundaria

Adriana lo ve desde el otro lado del parque.

—Le dicen el Sócrates— eso oyó decir a su papá en la cena— Está feo, calvo y es un bueno para nada.

Un vago que apesta a orines y sudor. A ella le fascina; lo ve caminar, tumbarse al sol, reírse de la policía y ella suspira. Se pasa horas mirándolo y juntando valor para acercarse y preguntarle su nombre, platicar con él. “Debe saber muchas cosas, si vive en la calle todo el día”, piensa ella.



En el salón de clases, Adriana le pregunta a Laurita sobre el Sócrates.

—Ah, el señor ese. ¿Qué de qué?

—Lo quiero conocer.

—¿Para qué? Si de lejos huele feo, de cerca más.

—No sé, lo quiero conocer.

— ‘Tás loca. Vamos a comer algo.

A Laurita se le olvida luego luego lo raro de la curiosidad de su amiga, en cambio, Adriana se queda todo el día pensando en el Sócrates.



Un día, Adriana se envalentona y se acerca al vagabundo. Está a punto de hablarle, se arrepiente y corre hacia su casa. Le tiemblan las rodillas y siente el estómago vacío. “Mañana sí le hablo, mañana sí le hablo”.



Adriana ve la telenovela de las ocho. Un guapo galán, rico, que seguro huele muy bien, corteja a la indefensa protagonista. El galán habla educadamente, es bien portado, perfecto para presentárselo a las madres. “No le presentaría a mi mamá al Sócrates. Lo obligaría a bañarse y yo me moriría de la pena. Mi mamá siempre se mete en todo”. Adriana se va a su cuarto. Busca en internet “Sócrates”; las imágenes que encuentra son fotografías de estatuas de un tipo feo y calvo. “Pues se parece, pero no es igual”.



Sus libretas están llenas de corazones con “A y S”. Al final de uno de sus cuadernos, tiene una carta para el Sócrates a medio escribir.

“Hola. ¿Komo estás? Se que no nos konocemos, pero te me haces super [garabatos incomprendibles], ¿kieres ir al cine un día?” Y sigue la carta como media página más, pero no se entiende casi nada porque está escrito sin ces y con demasiadas abreviaturas. Ella decide que le va a dar la carta. Le dibuja cosas, la dobla, pero después piensa que al Sócrates eso no le interesa. Él es un hombre mayor, un hombre de mundo, o mejor, de calle. Tira la carta a la basura. Momentos después, la recoge. “Pues nada pierdo con dársela”, pero luego piensa que sí pierde mucho; la vuelve a tirar a la basura.



Un chismógrafo se arma en el salón. Laurita se lo pasa y le dice:

—Ándale, ¿ya viste lo que el Chato puso en la nueve?

Adriana lee la pregunta nueve [¿quién te gusta?], baja hasta el renglón que le toca al Chato y ve su nombre.

—Ponle que también te gusta él— le dice Laurita.

—Pero si no me gusta.

—¿Entonces quién te gusta?

—Luego te digo.

- Ya, ¿quién te gusta?
—Que luego te digo.
—¿Pero en serio no te gusta el Chato?



Adriana está decidida; ahora sí va a cruzar el parque hasta la banca y decirle “Hola” al Sócrates. Lo ve desde lejos y se acerca. El Sócrates duerme; ella está a unos tres metros, abre la boca “Ho...”. Un policía le grita al vagabundo: “Cabrón, ya te dije que te quitaras de aquí”. El Sócrates se ríe, se levanta y pasa al lado de Adriana que se queda congelada; un olor agrio penetra por sus fosas nasales y le trae recuerdos de un sueño donde vivía en una tienda de quesos franceses, de los que huelen mucho. Cero y van dos, dice Adriana en voz alta, pero bajito para que nada más ella la oiga; cuando llega a su casa, tarde para la comida, su mamá la regaña: “¿Dónde andabas, chamaca? A la próxima que no avises...”.



- Ándale, Laura, acompáñame al parque.
—¿A qué? Qué hueva.
—Por favor, y te invito algo.

- Pero dime a qué quieres ir.
—A ver a alguien.
—Uhhhhhh, ¿tu galán? Pos va, vamos.



Ella y Laurita están en el parque. Adriana, impaciente porque el Sócrates no se ve llegar por ningún lado; Laurita espera para ver al galán de su amiga. “Si resulta ser el Chato, se va a armar el chisme de lo lindo en el salón, pero lo raro es que el Chato no le ha dicho nada a nadie”. Laurita está algo celosa. Su amiga no es una belleza, pero ya tiene novio. “¿Por qué no me había dicho nada?”, piensa, “a lo mejor es de otra escuela o alguien más grande”. Esperan quince minutos, se acaban los helados que compraron hace rato y esperan otros quince minutos. Suena el celular de Adriana, es su mamá preguntándole dónde está, que si vuelve a llegar tarde se le va a armar, etcétera. Ella le dice que está con Laura viendo lo de una tarea y no va a llegar a comer. Cuelga. La mentira hace que Laura se confunda todavía más, “Segurito es un amor prohibido, ¿por qué no llega ya ese tipo?”. De pronto, Adriana se tensa y le aprieta el antebrazo a Laurita. El Sócrates aparece del otro lado del parque y grita sobre

algo que ellas no entienden. Adriana lo sigue con una mirada fija y enamorada. Se levanta y le dice a su amiga:

—Ven, acompáñame a hablarle.

Laura no puede creerlo.

—¿Te gusta un vago? ¡Está bien feo y panzón! Además ha de ser más viejo que tu papá.

Adriana la arrastra hasta la banca donde el Sócrates se broncea el torso desnudo.

—No le vayas a hablar.

—Nomás un saludo, Laura, no seas sacona.

Adriana se acerca, más ansiosa de lo que nunca ha estado en su vida; Laurita puede oler al vago desde lejos, le da mucho asco, se tapa la nariz y le agarra la mano a su amiga.

—Neta, ya vámonos— le suplica.

—Aguanta, sólo deja le digo “hola”.

Adriana se para frente al Sócrates, que abre los ojos porque algo le tapa el sol.

—Qué pedo, el Sol es para todos—. El Sócrates frunce la mirada— ¿Tú quién eres o qué quieres?

Ella se avergüenza, regresa con Laurita y se la lleva corriendo.

—Estás cañón, hija, ¿cómo se te ocurre?



Adriana está sola en el parque. Ve cómo el Sócrates intenta sacarle una torta gratis al tortero de “La Favorita”. Falla; una o tres mentadas de madre se intercambian. El Sócrates se va a su banca y se acuesta. Ella se acerca (ha juntado todo el valor posible para esta vez sí hablarle), se para entre él y el Sol. El Sócrates abre los ojos y reclama, pero en esta ocasión ella no se va. Se queda parada. El Sócrates se sienta, se estira y bosteza.

—¿Qué quieres?

—...

—¿Eres de esas que dan ayuda de servicio social o esas madres?

—No.

—Pues aunque sea; una caridá, namás— estira la mano.

Ella saca de su bolsa diez pesos y se los da.

—Órale, así sí nos entendemos, chamaca—. Ella sigue parada frente a él — ¿Pos qué quieres tú?

—¿Me puedo sentar?

—Éntrale— dice el Sócrates, confundido.

Ninguno de los dos dice nada. El Sócrates se rasca el ombligo, la entrepierna, se rasca los testículos por afuera del pantalón y luego

por adentro; ella quiere bajar a oler, pero no lo hace, no se atreve. El Sócrates se impacienta.

—¿Tons qué quieres? No dices nada y me ves con esos ojitos de perro. ¿Qué necesitas, que puedo hacer por ti, ¿uat canai do for yu?

—Me llamo Adriana.

—No me importa, niña, estoy muy ocupado.

—¿En qué?

—Tengo mis bisnes. No entenderías.

—Sólo quiero platicar un rato.

—Pos mira que ya estamos platicando.

—¿Por qué te dicen el Sócrates?

—Ah, fíjate que quién sabe.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en esa jardinera.

—¿Y dónde haces del baño?

—Donde se pueda.

—¿No tienes trabajo?

—Tenía.

—¿Te corrieron?

—¡Chingá con las preguntas! ¿Pues quién te crees?

Ella baja la mirada, el Sócrates aprovecha para verla. Mira las piernas que se asoman por la falda del uniforme escolar, son blancas y parece que muy suaves. “Sí, seguro que huele rebien”, piensa el Sócrates.

—Oye— le pregunta él—. ¿Tienes novio?

—No.

—Ámonos, tons se me hace que nunca has tenido novio—. Ella niega con la cabeza.— ¿No se te antoja tener uno?

Adriana se pone roja. El Sócrates le toca la pierna. Ella se asusta y corre. “Pinche mocosa, está buena”, dice el Sócrates en voz baja.



Adriana recuerda cómo se sentía la mano del Sócrates, callosa, sucia, burda, grande y fuerte. La clase de civismo termina y ella sólo puede pensar en esa mano.



El Sócrates está adormilado, sin playera, en su banca de todos los días. Una sombra le tapa el sol y él ya sabe.

—¿De nuevo por aquí, chula?— dice sin abrir los ojos, un poco sorprendido de que ella regresara, pero feliz de que lo haya hecho.

Adriana se sienta y él se incorpora.

—Perdón, no quise irme tan rápido, pero... —duda— pero me asusté.

—No te preocupes. ¿Sabes? yo tampoco tengo novia ni esposa ni esas cosas.

Él se acerca, le pasa el brazo por los hombros. “Huele muy mal”, piensa ella, “huele muy mal, pero me gusta”.

—¿Te puedo preguntar algo?— dice el Sócrates con una sonrisa tonta—. ¿Te has...? Cómo decirlo, hummm, pues, ¿te conoces?

—No entiendo.

—Que si te gusta que te toquen. —Ella entiende todavía menos—. Que si te conoces a ti misma— dice por fin el Sócrates—. No mames, que si sabes qué tienes— señala la entrepierna— por ahí.

—No entiendo— dice ella con un hilo de voz que casi no se escucha.

—Que si te has tocado, caray— dice el Sócrates—. Ella lo ve, sin ninguna idea de a lo que se refiere— Que si te has tocado aquí—. Y le pone la mano, sobre la falda, en el pubis. Ella suelta un suspiro y sujeta la mano del vago, pero no la quita. El Sócrates baja un poco más y con el dedo índice presiona un punto que ella no se conocía; le hace tensar las piernas y echar la cabeza hacia atrás. Su cadera se mueve adelante y atrás, primero, lentamente, casi imperceptible, después, acompasada con el dedo del Sócrates.

—Así es, chula, déjate ir, conócete. Te está gustando, ¿o no? Conócete a ti misma, para que después nos conozcamos juntos.

La respiración entrecortada de los dos se interrumpe por un grito: “¡Eh, qué le haces a esa niña!”. Ella se levanta, siente la humedad entre sus piernas, siente que vuelve a ser un bebé y, al mismo tiempo, siente que es una mujer adulta, formada y completa. Corren, cada quién por su lado.



—¿Que hiciste qué?! ¿Y con ese tipo?

—Sí, pero no grites, Laura, te van a oír.

—¡Pues que me oigan, que me oigan tus papás, que me oiga la maestra! ¡Esas son cochinas!

—Se siente rico.

-Eres una pendeja.



La hora de la salida. Laurita corre. Quiere ir al parque para cazar al Sócrates y a Adriana. Llega; se sienta en una jardinera escondida tras unos arbustos. Poco después llega su amiga, se sienta junto al vago; él le pasa el brazo

por los hombros y -por lo que Laurita alcanza a ver- le besa la oreja. Ella no hace ruido -Laurita no los oye-. Pasan dos o tres minutos -“¿Por qué nadie los ve, por qué nadie los para?”, piensa Laura nerviosa-. El Sócrates mueve el brazo más rápido y -Laura ve esto- su amiga se estira. Se va convirtiendo en una mujer adulta, le crecen las caderas y los senos -Laura no puede creerlo, un viejo está tocando a su amiga y a ella le gusta. El toque del vago hace que su amiga madure, como el sol hace madurar una fruta-. Siguen en su jaloneo -Laura escucha, ahora sí, un gemido de satisfacción-. Laura se levanta, empieza a llorar de rabia, de decepción, de angustia. No sabe qué hacer más que regresar a su casa.



Al siguiente día, enfrenta a su Adriana y le reclama. Le dice lo que vio y cómo lo vio. Su amiga, orgullosa, le responde:

—Tienes envidia, porque yo ya soy una mujer y tú eres una niña.

—¡Qué son esas pendejadas! Un ruco te está toqueteando ¿y de eso tengo envidia? ¡Estás loca!

—No estoy loca, nunca me había sentido tan bien.

—Tienes que dejar eso.

—No. Si supieras lo que se siente, me entenderías.



El Sócrates es cada vez más intrépido con su mano. Ahora la mete por debajo de la falda escolar y toca, piel contra piel; ahora la besa, mete su lengua en esa boca pequeña y, cuando la saca, le dice:

—Te amo, chula, ¡ay, que rico!

—Yo. . . — la interrumpe un gemido— también te amo.

—Cásate conmigo.

Esa conversación la repiten una y otra vez mientras el Sócrates, con su dedo explorador, la hace sentir donde ella nunca se imaginó que se pudiera sentir.



Laurita ve a su amiga cada día más rara. No se hablan, aunque Laura también notó que Adriana ya no le habla a nadie más. Su amiga se la pasa dando vueltas por el patio, se acuesta en las bancas de la escuela, sin preocuparse

por los exámenes, ni por nada, usa la falda más corta de lo permitido. Laurita se da cuenta de que Adriana no es como las demás chicas de la escuela. Tiene un aire diferente, como el de una señora casada.



Laurita se vuela las clases. Necesita hablar con el Sócrates. Llega al parque y, como esperaba, el Sócrates está acostado en la banca. Se le acerca con la confianza que le da proteger una causa que no es suya: la pureza de su amiga.

—Quiero— lo dice casi gritando y sin esperar que el vago se incorpore— que dejes a mi amiga en paz.

El Sócrates bosteza, se sienta, mira a Laurita y el uniforme escolar que lleva y entiende de qué se trata esto.

—Ella viene porque quiere— dice el vago en tono triunfador. “Órale”, piensa el Sócrates, “ésta está más buena”.

—Quiero que dejes a mi amiga en paz— dice Laurita con menos confianza porque el Sócrates la está viendo de frente.

—¿No te quieres sentar?—, dice el Sócrates, saca la lengua y la mueve.

—¡Viejo cochino! ¡Déjala o le digo a la policía!

Laura se da media vuelta y camina segura, con pasos fuertes, muy convencida de que ha hecho lo correcto. Sin voltearse, escucha que el Sócrates le dice:

—Un día vengan las dos juntas y nos damos un atascón.

A Laurita se le revuelve el estómago.



Laura vuelve a espiar a su amiga muchas veces y muchas veces lo mismo y muchas veces le advierte al Sócrates que deje a su amiga en paz. Nadie hace nada diferente. Los tres se enfrascan en la rutina.



—Tú eres mía y sólo mía.

—¿Si nos vamos a casar?—, pregunta ella, un poco despeinada.

—Claro que sí—, le responde el vago—. Eres la única mujer para mí.

“La única MUJER para mí”; esas palabras la llenan, le retumban por todo el cráneo. Ella sonríe. Es feliz.

—Pero para casarnos necesitamos un poquito de dinero.

—¿Cuánto?— pregunta ella.

—Unos mil pesos namás, algo baratito, nada lujoso, pero como Dios manda. Puedes invitar a tus papás, a quien tú quieras.

Ella se va todavía más contenta, pero preocupada, “¿De dónde voy a sacar yo todo ese dinero?”. Y decide no regresar hasta juntar los mil pesos.



Laura cree que ya ganó. De tres semanas que ha vigilado, no ha visto ni un día a su amiga con el Sócrates, y eso que se ha quedado horas viendo al vago. Muy aliviada, camina hacia el Sócrates.

—Te quiero dar las gracias, por lo de mi amiga.

—Oye, dile que por qué no ha venido. Dile que la extraño.

—Ah, conque tú no sabes tampoco. Supongo que ya entró en razón.

—Dile que me siento solo.

Laurita no entiende lo que el vago dice; el vago se ríe.

—Oye, ¿no te quieres sentar—. El Sócrates estira la mano, con la palma hacia arriba, y con los dedos medio y anular rasca el aire.

—¡Pinche viejo cerdo!
Laura se va, ofendida.



Un aire fresco y suave mece las jardineras del parque. El Sócrates, como siempre, está acostado en su banca y una sombra le tapa el Sol. Sonríe, pues sabe lo que sigue.

—Mira, fíjate que sí creí que ya no ibas a regresar, como te fuiste el otro día. A ver, pásale a lo barrido.



—Me gusta esta rutinita, tú vienes, me tapas el sol, y ya, como por arte de magia sé que eres tú. Me haces feliz, chula. Ándale, vente pa'ca que ya estamos agarrando ritmo. Aguas que ahí escupió alguien. Mejor siéntate más cerca de mí, sí, en mis piernas. Eres la única mujer para mí y me voy a casar contigo.



—Desde que te vi por primera vez, me fijé que estabas bien buena. ¿Ya te lo había dicho? Te vi y me dije, ella es pa' mí, nomás pa' mí.

—¿En serio?

—No te miento, nunca le había dicho eso a nadie, ni siquiera a mi esposa, cuando la tuve.



Adriana está muy feliz, ¡por fin pudo juntar los mil pesos! Le robó un poco a su mamá, se guardaba los cambios, le robó otro poco a su papá, pero ya tiene los mil pesos. Sale de la escuela y va corriendo al parque, aunque primero pasa a la tienda para cambiar las monedas por un billete. Se le hace gracioso que, en vez de anillo de compromiso, ella le va a dar un billete. De vez en cuando, se para y mira el billete. La cara azulosa de Don Miguel Hidalgo le sonríe, como diciéndole “Bien, bien. Ahora sólo te queda ser feliz el resto de tu vida”.



Adriana llega al parque con una sonrisa enorme, mira hacia la banca del Sócrates; ahí está su viejo adorado, sucio como una rata. Mientras ella se acerca, comienza a oír ruidos, unos jadeos leves. El Sócrates no está solo. Junto a él, se sienta otra mujer: es Laurita, aunque parece una Laurita de veintitantos años, totalmente estirada, con senos grades y muslos fuertes que asoman por la falda escolar. Y

ella no puede imaginar más que la mano callosa del Sócrates tocando a Laura y cómo Laura siente lo que ella sintió: ser mujer.



Para esta edición, se utilizó la tipografía libre New Century Schoolbook, a 10 puntos (más o menos) para interiores. El texto se maquetoó con \LaTeX . Los archivos editables de esta obra están disponibles en amigosandfoes.com Si no los encuentras, escribe a pedroacunhag@gmail.com

El papel de interiores es cultural de 75 gr. y la portada, pues, depende, porque la vamos cambiando según lo que nos guste en el momento.

